Los últimos momentos de un héroe

Lucas Villagra Ordozgoiti

Capítulo 1

Otra vez sangre en la tos, cada vez va a más. Parece que voy a tener menos tiempo del que creía, aún así esta no es la principal de mis preocupaciones, sino los 26000 británicos que ahora mismo deben estar afilando sus bayonetas y cargando sus cañones al otro lado de estos muros.

Confiados en que saldrán victoriosos, ¿Quién no lo estaría con semejante fuerza?

Hoy como cada mañana me dirijo a la capilla a encomendar mi alma a Dios y a la Virgen, posiblemente esta sea la última vez que pueda hacerlo. Mientras camino por angostos pasillos de la fortaleza veo los rostros extenuados de mis hombros. El calor, el hambre y las enfermedades empiezan a hacer mella en ello, la mayoría de ellos aun son muy jóvenes.

Es algo terrible ver como hombres en la flor de la vida, que debería estar pasando sus días cortejando a una mujer y planeando formar una familia estén aquí, arriesgando su vida en esta maldita guerra, la Guerra de la Oreja, un nombre estúpido para una guerra estúpida. Y es que la guerra empezó cuando se apresó al contrabandista Robert Jenkins y se le cortó la oreja para que sirviera como ejemplo. Solo los ingleses son capaces de emprender acciones bélicas por un motivo tan baladí.

“Ve y di a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve”.

Esas palabras fueron las que le dijo al capitán a la oreja amputada de Jenkins. Son muy frecuentes escucharlas entre los hombres para pasar las largas horas.

Mientras camino la enfermedad y las múltiples heridas recibidas a lo largo de mi ajetreada vida hacen que algo tan trivial se convierta en algo doloroso. Aun así por mi mente no pasa la idea de mostrar ningún tipo de debilidad, soy teniente general de la armada española, título que llevo con orgullo, y mi deber es mostrar fortaleza no por mí sino por mis hombres para que no pierdan la esperanza. La esperanza, la determinación y el valor será lo que nos dé la victoria.

Por fin llego a la capilla y dos de mis hombres me abren la puerta. Su interior está lleno de soldados hambrientos y cansados, pero valientes y leales. A medida que avanzo tratando de no tropezar con nadie, escucho sus plegarias, todos encomiendan su alma a Dios y ruegan a la Virgen que

les proteja. Los que tienen familia piden volver a verlos, no quieren morir en este lugar tan hostil apartado de su hogar.

Cuando por fin estoy ante nuestro Señor me descubro y me arrodillo ante Él.

" Señor todopoderoso, que reinas por los siglos de los siglo. A los 15 años perdí mi pierna izquierda, a los 18 una astilla se me clavó en mi ojo izquierdo dejándome tuerto de por vida, a los 25 perdí la movilidad de mi brazo derecho a causa de un dispara de mosquete. Por ese motivo se me conoce como "Medio Hombre" por estas aguas, y te estoy profundamente agradecido pues mi vida aunque difícil ha sido plena.

Desde me nacimiento en Pasajes, he podido navegar por las aguas del Mediterráneo, surqué el Atlantico, recorrí los mares del Caribe. He visto imponentes urbes como Málaga, Cádiz o Palermo. Ayudé en el sitio de Barcelona, defendí Tolón de los ingleses, aunque mi mayor logro fue la liberación de Oran de los odiosos piratas argelinos. Visité La Habana y Lima donde me casé con mi joven y amada esposa, Josefa Pacheco. La mujer que ha sido capaz de traerme un poco de tranquilidad a mi ajetreada vida y con la que sin duda he compartido mis mejores años. Por ello doy las gracias pero como vuestro humilde servidor os pido que así como me has protegido todos estos años hagas lo mismo con mis hombres. Han dado todo por ti, por el rey, por España. Os imploro que en tu infinita misericordia les permitas volver a sus hogares, ya es tarde para mí pero no para ellos. Merecen una vida larga y prospera y morir tranquilamente con sus familias dándole el último adiós. Amen".

Tras haber encomendado mi alma al Señor me dirijo con mis oficiales para planear la última ofensiva. La habitación esta desordenada, el aire está viciado y mis oficiales presentan un estado lamentable.

- Caballeros, mañana lanzaremos el ataque final. De la Torre encárgate de seleccionar a tus trescientos mejores hombres, pues cuando abramos las puertas cargaran como bestias, yo lucharé con ellos.

En sus rostros veo que la mayoría no están de acuerdo. Después pongo mi atención en los mapas que hay sobre la mesa comprobando que no haya pasado nada por alto.

- Creo que es un suicidio, deberíamos permaneces en la seguridad de los muros. Sus bajas se cuentan a miles, los campos de ahí fuera se cuentan por miles – comenta uno de mis capitanes de fragata acompañado de una sonrisa para levantar el ánimo al resto.

- Estoy con Ortiz, han sufrido múltiples bajas, han fracasado en todos los intentos en tomar la fortaleza. Deberíamos seguir aprovechando la seguridad de nuestros muros. Con un poco de suerte se marcharan a

casa. Apenas hemos sufrido bajas.

- Lo sé – señalándoles en la mapa la entrada principal de la fortaleza – pero nuestra escasez de agua, la falta de suministros y las enfermedades son ya un problema que no podemos ignorar. Es por eso que tenemos que lanzar un ataque que no esperen. Mañana cuando después de unas ráfagas de fuego abriremos nuestras puertas, los muy ingenuos creerán que nos estamos rindiendo e irán como locos a tomar el portón. No se lo impediremos cuantos más vengan mejor, que se cansen subiendo esta estrecha y empinada cuesta. Para cuando lleguen, un grupos de hombres comandados por mí les estaremos esperando. Después de una ráfaga cargaremos como diablos contra ellos. En ese momento De la Torre, tú y tus hombres iniciaran iniciara su ataque desde las murallas, os acompañarán los nativos.

Necesitan tiempo para pensárselo mientras aprovecho para mirar por la ventana y que los rayos de sol me acaricien la cara. Como se diferencia esto de Pasajes pero que hermoso, definitivamente es un buen lugar para morir.

- Señor, creo que podría funcionar pero no deberías estar dirigiendo el ataque. Déjame a mí esa responsabilidad – dice uno de mis capitanes jóvenes.

- No está preparado, solicito ser yo quien lo haga, señor.

Les miro y que orgulloso me siento por poder comandar a hombres tan valientes.

Pero no todos parecen compartir mi plan. Ortiz el pobre es incapaz de disimular su desacuerdo. No habremos vivido aventuras él y yo juntos.

- ¿No tienes nada que objetar?

- El plan me parece muy arriesgado, pero si alguien esperar en el portón debo ser yo, soy el más viejo. El resto tiene una mujer esperándoles en casa con los brazos abiertos.

- Y la tuya te está con el Todopoderoso, esperándote pacientemente y estará muy orgullosa de ti pero ya llegará tu momento hasta entonces disfruta de lo que te queda de vida – pongo mi mano en su hombro animarle -. Caballeros estoy muy orgulloso de vosotros, ojala la Armada tuviera a más hombres como vosotros pero debo ir yo. Si nuestros hombres ven a su comandante luchando con ellos codo a codo les infundirá ánimos y desalentará al enemigo.

Sin objeciones, les doy las instrucciones para que lo tengan todo listo para mañana. Ordeno que les sirvan doble ración y vayan a la cama temprano,

quiere extremidades fuertes para el día de mañana. Después de eso me marcho a mis aposentos privados a descansar. Lo último que contemplo es el retrato de mi querida esposa, siento como una lágrima se derrama por mi mejilla, sé que no la veré más en este mundo.

Por fin ha llegado el gran día, me encuentro junto con mis hombres esperando tras el muro la llegada de los británicos. Ordeno a mis hombres que cesen el fuego y abran las puertas. La hora de la verdad. Ni el sonido de los cañones ni el de miles de soldados enemigos avanzando a nuestra posición nos hará retroceder.

El enemigo ya está en la cuesta, están tan ansiosos que algunos se tropiezan y caen al suelo, siendo pisoteados por sus propios compañeros. El plan está saliendo mejor de lo que esperaba. Por fin llegan al portón y se arma un cuello de botella, es el momento.

- FUEGO.

Mis hombres y yo salimos aparecemos, y soltamos una ráfaga que acaba con un gran número de ellos. Sin darles tiempo a que se posicionen cargamos contra ellos a bayonetazos. El miedo y la confusión se empiezan a hacer presentes en las filas enemigas. Pero cuando mis hombres y aparecen de lo alto de los muros disparando sus armas a los oficiales les es imposible mantener el orden y el enemigo sale en desbandada.

En su huida por ese angosto pasillo mis hombres no les dan tregua, uno a uno vana acabando con ellos. Los cuerpos enemigos se van amontonando en el camino haciendo que muchos desdichados tropiecen y caigan en nuestras manos.

Los enemigos que estaban en la retaguardia viendo el caos arrojan sus armas al suelo y huyen desesperados hacia los barcos. El resto de mis hombres sale de la fortaleza a perseguir al enemigo.

Ojala pudiera estar con ellos pero estoy en las últimas mi cuerpo me impide seguir avanzando. Busco refugio a la sombra de un árbol en donde contemplo como mis hombres hacen huir al enemigo en los barcos que han podido escapar de nuestras manos.

Observo como mis hombres ondean vigorosos la bandera con la Cruz de Borgoña, hemos ganado. Puedo morir a gusta sabiendo que aquellos con los que he compartido tantas dificultades vuelven a casa.

- Señor, en tus manos encomiendo mi alma.

Cartagena de Indias, 20 de abril de 1741.

Blas de Lezo y Olavarrieta con unos pocos miles de soldados acaban de escribir uno de los episodios más gloriosos en la historia de España.